

EL TURNO

I

ERA un corazón de oro ¡qué duda cabe! Pepe Alletto. Ravi se hubiera guardado muy bien de negarlo; pero de ahí a concederle la mano de Estrellita, de ningún modo: ni en broma se le podía hablar de semejante cosa.

—Razonemos.

Habríale satisfecho concitar en torno al matrimonio de su hija la simpatía popular, como él decía; y ambulaba por la ciudad, deteniendo a amigos y conocidos para solicitar su opinión. Pero al oír el nombre del marido que pretendía para la muchacha, quedábanse todos asombrados y atónitos:

—¡Cómo! ¿Don Diego Alcozer?

Ravi reprimía a duras penas una palabra de cólera, se esforzaba en sonreír y replicaba, extendiendo las manos:

—¡Calma!... ¡Razonemos!

Pero ¡qué razonar! Algunos hasta le preguntaban si hablaba verdaderamente en serio:

—¿Don Diego Alcozer?

Y prorrumpían en una carcajada.

Ravi, entonces, se alejaba indignado, diciendo:

—¡Vamos, vamos! ¡Creía que eráis gentes razonables!

Porque, a decir verdad, él reflexionaba, acerca de aquel partido, con la profunda convicción de que constituía una fortuna para su hija. Y se obstinaba en convencer también a los demás, cuando menos a aquellos que soportaban el desahogo de su exasperación, cada día mayor.

—Habéis conquistado la anhelada libertad; un rey que reina y no gobierna; el servicio militar obligatorio; un ejército formidable; puentes y caminos; ferrocarriles, telégrafo, alumbrado: ¡todo muy bello, y que también a mí me gusta! ¡Pero todo esto es un lujo que se paga, amigos míos! ¿Y cuáles han sido las consecuencias de estas conquistas? Dos, en mi caso. La primera: haber trabajado como una acémila toda mi vida, y hasta honradamente por desgracia mía, sin lograr unos ahorrillos que me permitiesen ahora casar a mi hija a gusto suyo, que sería también el mío. La segunda: escasean los muchachos; quiero decir que escasean aquellos que a un padre previsor podrían asegurar el bienestar de su hija. Antes de que conquisten una posición, Dios sabe el tiempo que ha de pasar, y una vez adquirida ésta, pretenden mujer con dote, y les aplaudo el gesto. Sin una situación, ¿qué padre puede en conciencia confiarles su hija? ¿Qué hacer, pues? ¡Casarla con un viejo, insisto, si el viejo es rico! ¡Estas son las consecuencias del medio social! Maridos jóvenes, una vez muerto el viejo, no habrán de faltarle.

¿Qué había en esto de risible? Era muy juicioso lo que estaba diciendo.

Porque:

—Razonemos...

Sería aquel matrimonio un desatino si don Diego Alcozer tuviese cincuenta o sesenta años. ¡Ah, no: eso no! Diez, quince años de sacrificio... ¡Esto no! Hubiera sido excesivo para la muchacha; él no habría aceptado jamás semejante partido. Pero, bien contados, don Diego tenía setenta y dos años. Así es que estaban descartados todos los peligros. Más que matrimonio, en el fondo, equivalía casi a una pura y simple adopción. Entraría Estrellita como una hija en casa de don Diego: ni más ni menos. En vez de permanecer en la casa paterna, viviría en la de don Diego con más holgura, como dueña y señora: en la casa de un caballero, en suma: esto nadie osaba ponerlo en duda. ¿Dónde estaba, pues, el sacrificio? Tanto daba esperar en un sitio como en otro, con la sola diferencia de que al lado de su padre perdía el tiempo, porque nada podría hacer por ella; mientras que allí, tres, cuatro años...

—¿Me explico?—preguntaba en este punto Ravi, muy satisfecho, asombrado de sí mismo y de sus razonamientos, cada vez más convencido.

¿Que don Diego Alcozer era cuatro veces viudo? ¿Y qué? ¡Tanto mejor! Ya procuraría Estrellita, que no era tonta (y hacía con los dedos el conjuro de los cuernos), no dejar que la matase el viejo como a las otras cuatro: con el tiempo y con la ayuda de Dios, ella dejaría en la paz del Señor al marido filántropo, y entonces, sí, ¡venga el marido joven! Hermosa, rica, educada como una princesilla, sería un verdadero terroncito de azúcar, en torno del cual los mozos acudirían como enjambre de moscas...

Parecíale imposible que la gente no se penetrase de semejante razonamiento: como no fuese terquedad, testarudez, la obstinación en apreciar solamente el sacrificio, momentáneo al fin, de aquella boda con el viejo. ¡Como si más allá de aquel escollo, aquel bajío, no luciese libre el mar y apuntase la bonanza! ¡Esto, esto es lo que habría que mirar!

Si él fuese rico, si pudiese hacer la felicidad de su hija, ¿a qué dudarle?, no habría pensado en casarla con aquel vejestorio. Naturalmente, Estrellita, de momento, no podría estimar la ventura por él ingeniada: esto era comprensible, y, en cierto modo, excusable. Pero estaba seguro de que, transcurridos pocos años, ella misma le alabaría, agradecería y bendeciría. De aquel matrimonio no esperaba ni deseaba nada para sí; lo quería tan sólo para ella, y juzgaba un deber suyo, de padre, deber de viejo experimentado en el mundo, mantenerse firme y obligar a la obediencia a su hija inexperta. En cambio, lo que más profundamente le amargaba era la desaprobación de hombres de experiencia como él.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!—se lamentaba entretanto, en su casa, la mujer de Raví, doña Rosa, santiguándose con un gesto que le era habitual y que repetía cada vez que se sentía perturbada en su grave, inerte placidez—. ¡Dejadlo!... Lo que hace Marcantonio, para mí, bien hecho está—decía a sus parientes, que en voz baja le hacían notar la monstruosidad de aquel proyecto de matrimonio.

—Eso es un pecado mortal, doña Rosa—insistía en repetir Carmela Méndola, portavoz de la ve-

ciudad, ahogando las palabras para no gritar, y dándose numerosos puñetazos en el huesudo pecho—. Se lo debo decir, en conciencia: es un pecado mortal, que clama venganza ante Dios.

Y, anhelante, se desataba y volvía a atar bajo la barbilla las puntas del amplio pañuelo de lana que llevaba a la cabeza.

Doña Rosa apretaba los labios, sacaba la barbilla, cerraba los ojos y lanzaba por las narices un largo suspiro.

II

Ya se dejaba ver don Diego por la población acompañando a su futuro suegro.

Marcantonio Raví, bonachón, adiposo, grueso, de rostro sanguíneo, rasurado, de amplia papada, con piernas que parecían débiles sustentáculos de la enorme panza y que al andar vacilaban trabajosamente, se diría hecho como contraste de don Diego, muy delgado éste, pequeñito, caminando a su lado con menudos y ligeros pasos de perdiz, el sombrero en la mano o en el puño del bastoncillo, como si se complaciera en enseñar su único mechón de pelos, largo, teñido de un matiz incierto (casi de color de rosa), el cual, atusado y distribuido con prolijo estudio, intentaba del mejor modo disimular su calvicie.

Y ya no había más pelos en la cara de don Diego: ni bigote, ni cejas, ni siquiera pestañas en sus ojuchos pálidos y acuosos. En cuanto a sus más modernas prendas de vestir, contaban por lo menos veinte años, no por tacañería de su dueño, sino porque, bien cuidadas siempre de las arrugas y del polvo, no se estropeaban nunca y hasta parecían recién hechas.

A tal extremo, ¡ay!, había llegado uno de los más irresistibles conquistadores de las damas con miriñaque de tiempos de Fernando II, rey de las

Dos Sicilias: caballero cumplidísimo, espadachín y gran bailarín. No estaban limitados sus méritos al campo, como él decía, de Venus y Marte: don Diego hablaba corrientemente el latín, se sabía de memoria a Catulo y la mayor parte de las odas de Horacio:

Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi finem di dederint...

¡Ah, Horacio! De éste, su poeta predilecto, había tomado don Diego las normas epicúreas. Había gozado toda la vida y quería gozar hasta lo último; odiaba por esto la soledad, en la que se sentía a menudo turbado por pavorosos fantasmas, y amaba la juventud, cuya compañía buscaba, soportando de ella, filosóficamente, las burlas y las befas.

Don Diego golpeaba con el puño de plata de su bastoncillo de ébano sobre uno de los veladores puestos al exterior del Café del Halcón, mientras que Raví se dejaba caer en la silla, que crujía, y soplando y echándose al cogote el amplio sombrero de anchas alas, se enjugaba el sudor de la cara encendida.

—A mí, lo de costumbre—decía Alcozer al camarero—: una horchata.

Y acompañaba la orden con una risita fría, superficial, y frotándose las manos gráciles y trémulas.

Sentados en el café, reanudaban la plática del matrimonio, interrumpida de cuando en cuando por los saludos que don Marcantonio distribuía en voz alta y con expresivos ademanes a sus innumerables conocidos: —¡Beso a usted la mano! ¡Vaya usted con Dios! ¡Servidor de usted!...

Don Diego no había podido entrar aún en casa de su futura. Estrellita amenazaba con arañarle la cara, con sacarle los ojos, si se aventuraba a presentarse ante ella. Raví, por supuesto, no hablaba a don Diego de tales amenazas; decíale solamente que era necesario tener un poco de paciencia, porque las muchachas, pues... sabido es que...

—Bien, bien..., cuando tú lo digas, o mejor, cuando lo permita Estrellita... *intra paucos dies*, espero, *cupio quidem*—contestaba don Diego tranquilo y sonriente—. Mientras tanto, mira, llévale hoy este regalo.

Y sacaba del bolsillo un estuchito de terciopelo.

Hoy una pulsera, ayer un relojito con larga cadena, y antes una sortija con perlas y brillantes y un alfiler de esmeraldas o un par de pendientes... Alcozer no gastaba nada en estas cosas, no por mezquindad. ¡Pero tenía tantas alhajas de sus difuntas mujeres! ¿Qué iba a hacer con ellas? Las mandaba a la nueva prometida, repulidas por el joyero y en estuches nuevos.

Marcantonio Raví se deshacía en alabanzas, en exclamaciones de admiración, en frases de agradecimiento.

—¡Pero, don Diego, por Dios!... Nos confunde usted...

—No seas tontaina. Tengo experiencia del mundo y sé que los regalos gustan.

Don Marcantonio se guardaba el regalo en el bolsillo y pensaba colérico en la terca obstinación de su hija, quien, antes que ceder, se resignaba a estar encerrada en un cuarto, vigilada y negándose a tomar ningún alimento.

Su madre estaba de guardia, como un centine-

la, junto a la puerta de aquella habitación. Iban los parientes, la Méndola o alguna otra vecina, a insistir en que se rebelara contra su marido; pero ella hacía una vez más, con su acostumbrado gesto, la señal de la cruz.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... No echéis más leña al fuego. ¿No tengo bastante, acaso, Carmela? ¡Mira el infierno en que me encuentro!

—¡Tía Carmela!—llamaba Estrellita detrás de la puerta.

—Preciosa, hija mía, ¿qué quieres?

—Diga a su hija Tina que se asome a la ventana: quiero enseñarle una cosa.

—Sí, mi corazón. Ahora se lo diré. ¡Valor, alma mía! Toma este paquetito que te doy por debajo de la puerta. Come, que te gustará...

—Muchas gracias, tía Carmela.

—De nada, hijita querida. Y ya sabes, valor; mantente firme... ¡En eso consiste tu salvación!

Doña Rosa dejaba decir y hacer. Y todos los días, en cuanto volvía a casa el marido, le hacía la misma pregunta:

—¿Ya puedo...?—Y con la mano hacía el gesto de abrir la puerta.

—¡No!—gritaba él—. Que siga ahí esa imbécil, ingrata, corazón de roca. Como si no lo hiciese por ella, por su bien... Toma: otro regalo, una pulsera... Enséñasela...

Doña Rosa se levantaba, cerraba los ojos, suspiraba, y, con el estuche en la mano, entraba en el cuarto de su hija.

Estrellita estaba junto a la cama, echada en el suelo, cerca de la esterilla, como un cachorri-

llo arisco. Arrancaba de manos de su madre el regalo y lo tiraba con violencia.

—¡Muchas gracias; pero no lo quiero!

Entonces era la madre la que a su vez perdía la paciencia.

—¡Dieciséis onzas de oro, borrica! ¡Ni siquiera eres digna de mirar tanta gracia de Dios!

Estrellita, en cuanto salía la madre, golpeábase con un puño en la palma de la otra mano, como si machacara en un madero, y decía apretando los dientes:

—¡Rabiad! ¡Rabiad!

Luego se arreglaba un poco el vestido, se levantaba, daba unas vueltas por el cuarto y concluía por acercarse a la cómoda para mirar a hurtadillas el regalo que del suelo recogiera su madre. La curiosidad era más fuerte que la repulsión hacia el viejo donante.

Contemplábase en el espejito del tocador, levantándose el pelo por detrás de la nuca, y sonriendo a su propia imagen, a la cabecita rubia, erguida sobre el cuello flexible, a la carita fresca y riente de dieciocho años, en la que brillaban unos ojos azules, límpidos y alegres. Con su sonrisa parecía susurrarse a sí misma en el espejo: —¡Picarueta!—Y le asaltaba la tentación de abrir los estuches, de probarse..., cuando menos, los pendientes... ¡Un minuto tan sólo ante el espejo!... Los pendientes...

—No; esto es la sortija... Seguramente me sentará demasiado ancha... No; ¡me está justa!... Parece hecha a la medida de mi dedo...

Y se admiraba la manecita blanca, ensortijada, acercándola, alejándola, doblándola de este

modo y del otro. Y luego las orejas con los pendientes fúlgidos, y después las finas muñecas con las pulseras, y luego, sobre el pecho la larga cadena de oro del relojito; y, así engalanada, iba a hacerse un profundo saludo ante el espejo del armario:

—Adiós, señora de Alcozer...

Y una gran risotada...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

—Bueno está: yo no tengo prisa, Marcantonio —le decía al día siguiente don Diego, en el Café del Halcón—. Pero... no se trata de mí... ¡El vecindario!... Bajo las ventanas de tu casa (quizás tienes el sueño pesado y no lo oyes), casi todas las noches, se suele dar una buena serenata de guitarras y mandolinas. ¡Vamos, vamos: ya lo sé! Jovenzuelos alegres... ¡Qué hermosa es la juventud! ¿Sabes quiénes son? Los hermanos Salvo, con los primos Garofalo y Pepe Alletto. ¡Guitarras y mandolinas!...

—Le juro, don Diego, que no sabía nada de eso, ¡palabra de caballero! ¿Es cierto lo de la serenata? Deje que lo arregle yo... Ahora mismo verá usted si...

—Pero, ¿dónde vas, hombre?

—Voy a encararme con esos señoritos que ha nombrado usted.

—¿Estás loco? ¡Siéntate! ¿Quieres comprometerme?...

—Usted no tiene que ver...

—¿Cómo que no tengo que ver? No hay que echarlo todo a rodar ni enfurecerse. Yo acostumbro a hacer las cosas con calma. Son jóvenes, y cantan: juventud quiere decir alegría. ¿No me has dicho tú que también sabe cantar

Estrellita? Mejor; el canto me gusta. Me refería únicamente a los vecinos que oyen todas las noches, y... ya sabes, las malas lenguas... Lo que debes hacer es aconsejar a esos jovencillos que tengan un poco de paciencia, ¿me explico?... porque ya tienes comprometida a la moza... Pero con buenas maneras, con calma...

—Déjelo de mi cuenta.

—Pero sin comprometerme, ¿eh?

Aquel mismo día, por la noche, Marcantonio Raví se encontró en la calle con Pepe Alletto. Lo llamó aparte y le dijo:

—Querido don Pepe: a las buenas le ruego que deje en paz a mi hija. De lo contrario, ¿ve usted este bastón? Pues si vuelvo a ver a usted pasar por debajo de las ventanas de mi casa, levantando la cabeza, se lo romperé en las costillas.

Pepe Alletto le miró al pronto atónito, como si no hubiese comprendido; después dió un paso atrás.

—¿Ah, sí? ¿Y si yo le dijese...?

—¿Que es usted cuñado de Ciro Coppa? ¡Y a mí qué!...—completó la frase Raví.

—¡No!—negó con un gesto de desdén el joven—. ¿Si le dijese que a mí, *personalmente*, no hay quien me haya roto ningún bastón en las costillas?

—Lo decía en broma—replicó riendo Raví—. Dígame usted mismo, don Pepe, en qué términos debo rogárselo... ¿Qué quiere usted de mi hija? Si no somos bestias, tratemos de entendernos. Usted es noble, pero va muy escaso de dinero, querido don Pepe; yo soy un pobre hombre, también muy apurado. La pobreza no es una deshonra. Sepa

usted que le estimo de veras. Venga usted acá: hablemos.

Le cogió del brazo y echó a andar con él, añadiendo:

—Razonemos. Me consta que en cuanto a bailar, baila usted como un príncipe. Me han dicho que hasta sabe usted bailar con las espuelas puestas. Como tocar, toca usted el piano como un ángel. Pero, mi querido don Pepe, aquí no se trata de bailar, ¿me explico? Bailar es una cosa; comer es otra. Sin comer, ni se baila ni se toca. ¿Debo ser yo, precisamente, quien le llame a razón? Déjeme continuar en paz este bendito matrimonio, y ayúdeme usted más bien; ¡qué diantre! El viejo es rico, tiene setenta y dos años y ha tenido cuatro mujeres... ¿Cuántos años de vida quiere usted que le demos? ¿Tres?... Después, el porvenir está en manos de Dios... Dígame: ¿cuál puede ser la ambición de un honrado padre de familia? La felicidad de su hija, ¿no le parece así? ¡Oh! Quien anda escaso es un esclavo; ¿pueden estar de acuerdo la esclavitud y la felicidad? No. *Ergo*, primera base: dinero. La libertad es compañera de la riqueza; y cuando Estrellita sea rica, ¿no será libre entonces para hacer lo que le parezca y le guste? Así, pues..., ¿qué decíamos? ¡Ah! Don Diego... Es muy rico, querido don Pepe... Tiene tanto dinero, que podría empedrar con onzas todo Agrigento... ¡Dichoso él!... ¡Vamos, don Pepe! Entremos en el café: tome usted alguna cosilla conmigo...

Alletto parecía haber caído de las nubes: sin saber qué pensar de aquel discurso, miraba atentamente a Raví, sonriendo.

A decir verdad, Pepe Alletto no aspiraba ni había nunca aspirado seriamente a la mano de Estrellita; ni ésta, por otra parte, había hecho de él más caso que de los demás jóvenes que la rondaban. Ciertamente le gustaba la muchacha, pero harto sabía él que no estaba en condiciones de casarse, y ni pensaba en ello. Vivía con su anciana madre, que, con su cariño ingenuo, se obstinaba en seguir tratándole como a un niño. ¡Pobre y santa viejecita! Todo debía permitirsele, siquiera para compensarla de cuanto había sufrido con su marido, quien tras dilapidar en pocos años el considerable patrimonio, había muerto de aflicción. Sólo y por milagro se había salvado de la ruina la vieja casa en que vivía con su madre. Doña Bettina, de noble ascendencia, se había negado en absoluto a que su hijo Pepe aceptase un empleo, que tal vez su cuñado Ciro Còppa, por sus influencias, hubiera podido proporcionarle. No sentía por esto mucha aflicción Pepe: trabajar no era su fuerte. Consagraba todas las mañanas por lo menos tres horas ante el espejo a acicalarse: era en él un hábito imprescindible. ¡Qué culpa tenía él! El baño, el pulimento de las largas uñas, el peinado, el retoque de la barba, el vestirse... Y cuando, por fin, a la caída de la tarde, salía de su casa, de tal modo compuesto, parecía un gran señor, de todo punto irreprochable, mientras tanto el viejo caserón del Rábato ocultaba celosamente el secreto de los continuos sacrificios y de las más duras privaciones.

¡Ah! Si en lugar de haber nacido en aquella pequeña ciudad, triste y mortecina, se hubiera criado Pepe en una población mayor y más ac-

tiva, ¡quién sabe!, quizás su pasión por la música le hubiera abierto un porvenir. Sentía él en el alma una fuerza ignota; la fuerza que le impulsaba en ciertos momentos al antiguo clavicordio de su madre y movía sus dedos inconscientemente, improvisando sobre el teclado. Algunas noches, cuando contemplaba desde el paseo solitario de las afueras el grandioso espectáculo de la campiña y del mar, allá en el fondo, iluminado por la luna, ¡qué inefables sinfonías escuchaba dentro de sí! En aquella campiña, una ciudad desaparecida, Agrigento, ciudad fastuosa, rica en mármoles, espléndida y muelle, pródiga en ociosos sabios. Murmuraban los árboles en torno de los dos templos antiguos, únicos subsistentes; y aquel murmullo misterioso se confundía con el continuo borboteo del mar lejano y con un trémolo sonoro incesante, que parecía venir de la suave luz de la luna en la abandonada quietud, y era el canto de los grillos en medio del cual se escuchaba de cuando en cuando el desgarrado silbido, remoto, de un mochuelo, como llamada de angustia.

Pero Pepe se avergonzaba de estos ensueños suyos, temeroso de que sus amigos los advirtieran. ¡Qué de burlas entonces! No, ni pensarlos: allí, en la existencia sórdida, mezquina, monótona, invariable, allí estaba la realidad, a la que había que adaptarse.

¿De qué le hablaba, pues, Raví? ¿Qué quería de él? Evidentemente, el buen hombre sospechaba que entre su hija y Pepe había alguna confabulación, que impulsaba a la muchacha a rebelarse contra su matrimonio con Alcozer. ¡Qué

diantre! ¿Por qué no dejarle en su engaño? Prometió tener prudencia y recomendársela a los amigos Salvo y Garofalo: en pago fué invitado a la boda próxima, incluso en el propio nombre de Alcozer, que:

—No es malo en el fondo el pobrecillo—afirmó Marcantonio—. ¿Qué se le ha de hacer? Siente debilidad por las mujeres... Pero ésta, Dios mediante, será la última. ¿Tres años de vida más quiere usted que le demos? Se lo he dicho a él mismo anticipadamente: “Querido don Diego: por la vida o por la muerte, pongamos los papeles en regla.” Y él, a decir verdad, lo entendió tan al punto que ni siquiera me dejó concluir. ¿Está esto claro? ¡Pues en marcha! Por supuesto, que no lo digo por mí, sino por mi hija. Ya lo reconocerá Estrellita... ¡Debilidades, don Pepe! Dicen que don Diego se vuelve a casar porque en su soledad tiene miedo a los espíritus... ¡Bah! Me figuro que por la noche se le aparece la Muerte con alas. ¡Y ojalá se lo lleve pronto, don Pepe! Bien le echaría una mano para cargárselo mejor a las espaldas... ¡Pero si no pesa ya ni veinte quilos!... Conque... a sus órdenes, beso a usted la mano. Y chitón, don Pepe, se lo ruego...

IV

Unos dos meses después se celebró en casa de Ravi la tan combatida boda. Y don Diego se enfundó por quinta vez en el levitón, recuerdo de cuatro esponsales. No por tacañería; pero todavía estaba nuevo, en verdad. Al salir por el patio de la casa, las gordas comadres no lo reconocieron y le siguieron hasta el portalón, en dos largas filas, gritando y chillando como endemoniadas.

—¡Ah!... ¡Vamos!... Toda esta tribu pertenece a las familias de mis mujeres anteriores—pensó don Diego arrugando la nariz y frunciendo los labios—. ¡Arre, arre!

Marcantonio Ravi había prodigado las invitaciones, recabando, por lo menos en la apariencia, el asentimiento popular. Nadie, sin embargo, le quitaba de la cabeza que la desaprobación de todos los amigos y conocidos no fuera debida a envidia que les inspiraba Estrellita por la suerte alcanzada. Y había preparado un magnífico ágape para mayor despecho de los envidiosos.

Don Diego fué muy felicitado. Pero no en balde era viejo, y acogió con su habitual risita fría todas aquellas felicitaciones, en las que percibía un sutil sabor irónico. Para Estrellita, en cambio, engalanada de blanco y de azahar, en la pompa de la fiesta, la conmiseración surgía espontánea,

disimulada bajo los parabienes que los invitados le daban por pura fórmula, sin efusión alguna temiendo verla estallar de pronto en una crisis de llanto.

No tardó Ravi en notar cierto embarazo entre los convidados. El aspecto de Estrellita empañaba la fiesta. En vano trató él de promover un poco de animación, incitando ya a éste ya al otro. De todos los invitados solamente a Pepe Alletto, que había acudido con los tres hermanos Salvo (Mauro, Totó y Gasparino), logró por fin comunicar un poco de brío.

—Anime usted esto, don Pepe.

Alletto descubrió en este encargo una confirmación de las insinuaciones contenidas en el curioso discurso que oyera tiempo atrás. Sonrió, miró a la melancólica desposada, que le pareció más bella en el espléndido candor de las vestiduras nupciales, y “¿Por qué no?”, se dijo. Sentóse al piano, tocó, cantó, estimuló a los otros a bailar, y logró por último que se animara la fiesta. Todos se lo agradecieron, y más que nadie don Marcantonio. Contagiado por la alegría que había producido, Pepe miraba a don Diego, el viejo esposo, con cierto aire de burlesca conmiseración, como si quisiera decir a los demás: “Compadeced al pobrecillo; más adelante, el verdadero esposo seré yo.”

Y al finalizar aquella fiesta, de la que más que alma fué héroe, todos los invitados le ensalzaban tanto, ya como bailarín, ya como director del baile, ya como pianista, que, confuso, embriagado, murmuró con los ojos bajos:

—Sé también el francés...

Pero la tormenta, hasta entonces contenida, estalló de pronto, inesperadamente. Don Diego, para mostrarse galante, quiso ofrecer a la esposa una copita de rosolí. ¡Pobrecillo! Tuvo una mala ocurrencia: le temblaban las manos, también por la emoción, así que al darle el vaso, vertió alguna gotita sobre el blanco vestido. De haber simulado no verlo las señoras allí próximas, Estrellita tal vez habría sabido contenerse; pero, por el contrario, abalanzáronse presurosas a limpiar la mancha con sus pañuelos. Y entonces, Estrellita, como puede suponerse, prorrumpió en sollozos y sufrió una convulsión...

Acudieron todos a ella, gritando:

—¡Llevadla, llevadla! ¡Aflojadle el vestido!

Dos muchachos la sentaron en una silla y se la llevaron a otra habitación. Don Diego se quedó confuso, con la copita en la mano, temblando más que nunca y derramando sobre la alfombra el resto del licor. En vano se afanaba don Marcantonio en restablecer el orden, en tranquilizar a los invitados, repitiendo:—“La emoción, no ha sido más que la emoción.”—Nadie le hacía caso, todos estaban apenados por la suerte de la pobre Estrellita, cuyos sollozos, y, más penosas que los sollozos, sus risotadas convulsas, llegaban al través de las puertas cerradas.

Pepe Alletto, pálido, impresionado, se había dejado caer en una silla, y con los ojos dolorosamente entornados, se daba aire con el pañuelo. Dos lágrimas se deslizaron por su rostro hasta los bigotes lacios.

—¿Qué tienes, Pepe?—le preguntó Mauro Salvo al verle en aquella actitud de abatimiento.

Pepe alzó la cabeza, y con forzada y lánguida sonrisa, respondió con voz insegura:

—Nada..., me siento... No sé...

—¿Has bebido?

—¡Pobre muchacha!—suspiró Pepe sin dignarse contestar a la vulgar pregunta.

—Tienes razón, sí—replicó el amigo—. Anda, vamos: te acompañaré a casa; mira, ya se van todos...

Quiso cogerle de un brazo, pero Pepe le rechazó hosco:

—No, déjame..., gracias; me basto yo muy bien.

—La emoción... Perdonen ustedes... Gracias por la honra... La emoción... Buenas noches, y gracias... Perdonen...—decía a todos Ravi, distribuyendo saludos y apretones de mano.

Los invitados fueron saliendo en silencio y bajaron de prisa la escalera, como perros apaleados. Habían dado las doce de la noche; los faroleros habían apagado ya las luces, y la calle, larga, desierta, apenas se hallaba alumbrada por la luna, que se ocultaba tras un ligero entoldamiento nubloso.

—¡Quién sabe la tragedia que habrá esta noche!—exclamó en voz bastante alta, en cuanto salió de la casa, Luca Borrani, uno de los invitados.

Pepe Alletto, que pasaba cerca con Salvo, oyó la inconveniente alusión y le gritó a la cara:

—¡Indecente!

¡Borrani saltó y replicó:

—¡Anda allí, polichinela!

Y le dió un empujón.

Alletto alzó entonces el bastón y lo descargó

sobre la cabeza de Borrani; siguió a esto una rápida bofetada. Surgió entonces una trifulca espantosa: puños, bastones por el aire, gritos, chillidos de mujeres, luces y gente en todas las ventanas de las casas próximas, ladrar de perros...

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

La multitud corría por la calle, confusamente, vociferando. Y las personas que se asomaron con luces a las ventanas, permanecieron largo rato atisbando curiosas y haciendo conjeturas y comentarios, hasta que los de la calle se perdieron en la penumbrosa lejanía.

V

—¡No, señor, imbécil! Yo sé lo que hay que hacer en estos casos. Déjame a mí.

Ciro Coppa, un individuo desgarbado, muy ancho de pecho y espalda, por lo que parecía menor su estatura, con un cuello de toro, de rostro moreno, enérgico, adusto, de pelo crespo y tupida barba negrísima, amplia frente sobre la que apuntaba una incipiente calvicie, de ojos grandes y negros, de mirada viva, se paseaba por su bufete con una mano en el bolsillo y en la otra un latiguillo con el que golpeaba nerviosamente sobre sus botas de caza. Los cañones de dos gruesas pistolas relucían brillantes sobre las caderas, fuera de la chaqueta.

Pepe Alletto había ido a pedirle consejo. Aquella misma mañana había recibido una carta de Borrani. No pretendía éste desafiarle por el insulto y la bofetada a traición de la noche última, porque—decía—, al duelo sólo recurre el que tiene miedo, y él no quería ampararse tras los quites y paradas, teniendo por burla un sable en la mano: advertíale, por lo tanto, que le daría de puntapiés en donde lo encontrara, aunque fuera en la iglesia.

Pepe Alletto hubiera querido que Coppa fue-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

se a ver a Borrani para hacerle retirar aquella carta, por las buenas o por las malas. No era que tuviese miedo..., Pepe no tenía miedo a nadie; pero con su complexión..., tan débil..., llevaba las de perder en una lucha a puñetazos, como los chiquillos de la calle: comparado con él, Borrani era un coloso. Y, además, ¿dónde se había visto nunca un combate a puñetazos y puntapiés entre gente distinguida?...

—¡Déjame a mí!—repitió Coppa, deteniéndose en medio del despacho y señalando con el látigo a su cuñado la mesa de escribir—. Ahí tienes papel. Siéntate y escribe. Con unas líneas te lo reduciré a la razón.

—¿Debo contestarle entonces?—aventuró tímidamente Pepe.

Ciro golpeó fuertemente en la mesa con el látigo.

—Te he dicho que te sientes y escribas, majadero. Yo te dictaré la respuesta.

Pepe se levantó perplejo, como forzado, y fué a sentarse en el sillón de cuero de la mesa de escritorio, sobre la que apoyó los codos cogiéndose la cabeza entre las manos y suspirando. Después, dijo:

—Permíteme... Quisiera, sí..., quisiera hacerte observar que mi...

—¿Qué?...

—Que mi situación es algo..., no sabría..., algo delicada. Porque yo, anoche, para decir verdad..., por varias razones..., no estaba..., eso es..., no estaba en pleno dominio de mí mismo. Y ahora no quisiera comprometer...

—¿Comprometer qué?—exclamó Coppa, impa-

cientado—. ¿Recogiste el insulto? Sí, y tan rotundamente, que lo apoyaste con una bofetada.

—Pues basta—observó Pepe—. El es quien debía desafiarme: no lo ha hecho, luego...

—Luego lo haces tú—concluyó Coppa abriendo los brazos.

—¿Yo? ¿Por qué?—preguntó asombrado Pepe.

—¡Porque eres un asno! Porque no comprendes nada—le gritó el cuñado—. Siéntate y escribe. Ahora verás.

Pepe se encogió de hombros, y preguntó con desaliento:

—¿Cómo he de encabezar la carta?

—De ninguna manera—contestó Ciro volviendo a sus paseos, reconcentrado y estirándose con los dedos los pelos de la perilla—. Empieza así: "*Su carta..., su carta... es digna de un individuo, coma..., su carta es digna de un individuo... que debería estar..., ¡escribe!..., recludo..., re-chu-ido, es una sola palabra.*

—Lo sé.

—...*que debería estar recludo en un presidio, coma..., antes que..., antes que... son dos palabras, en libertad y suelto... entre gente civilizada... ¿Lo has escrito?*

—Sí, gente civilizada.

—Aparte. *Pero si usted es..., pero si usted es un canalla, coma..., yo soy un caballero, punto y coma; y no me dejaré... arrastrar por usted a otro escándalo. Punto y seguido. Pero puesto que he tenido la desgracia..., así, la desgracia de ensuciarme la mano en la cara de usted, coma, me incumbe..., me incumbe..., por respeto a mi persona y a mi nombre..., ¿lo has escrito?..., levan-*

tar a usted del fango, coma, en que quisiera revolcarse. Punto y seguido. Por esto tengo con usted la generosidad..., ge-ne-ro-si-dad..., de enviarle dos representantes míos..., con los más amplios poderes, coma..., los cuales le devolverán la repugnante carta, coma..., que con villana audacia me ha mandado usted esta mañana. Punto. ¿Lo has escrito? Fírmala ahora: José de Alletto", nada más... ¿La has firmado?... Léemela.

Pepe leyó la carta, procurando dar a las palabras la contundente expresión despreciativa de su cuñado.

—Perfectamente—aprobó éste—. Está escrita como Dios manda. Un sobre y pon las señas. No te cuides de los padrinos: en seguida te los buscaré yo. Nada de Salvo ni de Garofalo, unos bufoncillos que no sirven para nuestro caso. Pasa ahora a ver a tu hermana Filomena. La pobre-cilla hace dos días que está peor que de costumbre. Si el médico no me la cura pronto, acabaré por darle a él de bastonazos. Basta. Tengo que ir a la Audiencia; luego iré al campo a tirar de las orejas a ese ladrón de las contribuciones. Tierras muertas que no volverán a producir... ¿Qué tienes? ¿Qué demonios te pasa? ¿Miedo?... Me miras como un estúpido...

Pepe se estremeció, sorprendido por aquella salida inesperada, y exclamó en tono seco:

—¡Nada de eso! ¿Miedo yo?... Es la cabeza, Ciro; me siento la cabeza no sé cómo desde anoche...

—Di que estabas borracho, querido. Será más airoso—observó Ciro con aire de desdeñosa conmiseración—. Anda, ve a ver a Filomena. Yo

vuelvo esta noche; díselo. Mientras tanto, esperas a los dos amigos. ¡Despierta la vista, y nada de miedo!

Tomó de un cajoncito de la mesa unos papeles y se marchó a la Audiencia, con el sombrero flexible caído sobre una oreja y el latiguillo en la mano.

VI

Pepe encontró a su hermana que se deslizaba como una sombra por las habitaciones, casi a oscuras. A los treinta y cuatro años parecía ya una vieja: una dolencia que todavía no habían logrado precisar los médicos, la consumía desde hacía algunos meses; pero no se quejaba de esto, por considerarlo una pequeñez al lado de los muchos sufrimientos de su vida. En realidad, no se quejaba de nada, ni siquiera de no poder ver a su madre, que había roto desde hacía años toda relación con su yerno. Y, no obstante, ¡hubiera experimentado tanto consuelo con sólo verla! Pero doña Bettina había jurado no volver a poner los pies en casa de Coppa; y ella, a causa de los feroces celos de su marido, no podía salir de casa ni asomar las narices a la ventana. Ya no le importaba nada; ya ni se dolía en su corazón de la tristísima suerte que le había cabido al nacer. En sus ojos silenciosos, constantemente absortos en una pena ignota, indefinida, se leía la amargura de un total renunciamiento.

—¿Cómo te encuentras, Filomé?

Por toda respuesta se encogió ella de hombros y abrió un poco los brazos. Pepe sopló por la nariz, y añadió:

—¿No se podría abrir un poco la ventana?

—¡No!—se apresuró a exclamar Filomena—. ¡Dios nos libre si llegara a saberlo!

—No está. Se ha ido a la Audiencia; luego irá al campo; volverá esta noche.

—Es por gusto, Pepe. No abras. No sabe Dios lo que he deseado aspirar una bocanada de aire. Pero siento que ya he llegado a mi fin. Poco me queda de este encierro. Demos gracias a Dios en el cielo y en la tierra.

—No digas tonterías—exclamó Pepe, conmovido.

—Sólo lo siento—replicó su hermana con la misma voz cansada—, por mis hijos, los pobres inocentes..., mas para mí será la liberación..., y también para él, para Ciro. No lo digo en mal sentido, no. Vosotros no conocéis a Ciro; no veis más que sus defectos...; estos feroces celos suyos, por ejemplo... Pero me quiere a su modo, y lo demuestra así. No debió casarse, eso es todo; había nacido para otra vida..., ¡qué sé yo!, para ser explorador...

—Justo—asintió Pepe—. Para andar entre fieras.

—No, no—corrigió cariñosamente Filomena—. Quiero decir para una vida de aventuras y libre... Tú lo sabes, es excesivo en todo, y en un país pequeño, entre la mezquindad de la vida diaria, se ve impelido a hacer locuras, a parecer ridículo a veces... Todos los entuertos quiere enderezarlos él... Y una pobre mujer como yo, reclusa aquí, tiene que vivir por fuerza en continuos sobresaltos...

Pepe aprobaba con la cabeza, y esta aprobación era al mismo tiempo una muestra de compa-

sión hacia su hermana; miraba en la penumbra el rico mobiliario de la habitación, y pensaba para sí:—"Te ha hecho rica; pero ¿qué es lo que has disfrutado con ello?"—Era cierto, sin embargo, lo que decía Filomena. Allí, en una pared de la habitación, formaban una especie de panoplia un fusil, un sable, una gorra y una camisa roja agujereada en una manga. A los trece años, Ciro se había escapado de la casa paterna, fidelísima a los Borbones; llegó a Palermo al día siguiente de la entrada de Garibaldi; combatió con él, y en Milazzo fué herido en un brazo...

En este momento Pepe se vió distraído en sus recuerdos de la vida heroica del cuñado. Entró la criada, anunciándole que un señor le esperaba en el despacho. Pensó él que fuesen los padrinos (¿tan pronto?), y se apresuró a acudir; pero se encontró con don Marcantonio Raví todo sofocado.

—¿Qué ha hecho usted, don Pepe? Estoy intranquilísimo.

—Mi deber—contestó, serio y digno, Pepe Alletto...

—¿Pero cómo ocurrió esa maldita contienda? ¿Y qué va a ocurrir ahora?

—Nada..., no sé... Pero tenga usted la seguridad de que la señorita..., digo la señora...

—Diga la señorita..., diga la señorita, don Pepe..... ¡Ah, si usted supiese!... Mi casa es un infierno... Gritos, chillidos, convulsiones... Se niega en absoluto a ir con su marido. Anoche se quedó en nuestra casa... ¿Comprende? Y hoy la misma historia. No quiere ni verlo. Don Diego ha estado escuchando detrás de la puerta y ha

oído..., ¡figúrese usted!... No sé ya dónde tengo la cabeza... Y ahora, por añadidura, esta nueva desdicha..., este duelo... ¿Pero va usted, de veras, a batirse?

—Es necesario—respondió Pepe, bastante mustio—. Somos hombres... Las cosas han llegado a un punto que...

—¡Simplezas!... ¿Quién se ha metido en la cabeza que eso es de hombres? Estuvo usted tan amable anoche... Y ahora, en pago, ¿va usted a batirse?

—Es preciso—replicó Alletto, grave y melancólico a la vez—. De otra parte, crea usted que me tiene sin cuidado. Ya nada me importa. Hasta me alegraría que me matase.

—¡Un cuerno!—exclamó casi llorando Raví—. Nos importa a quienes le queremos bien... Perdóneme si le digo que es usted un tontaina. ¿Cree que ha terminado todo para usted? Dé tiempo al tiempo, no se precipite... Deje que se bata a quien le guste, a quien se le ha ocurrido eso. ¿Verdad que es su cuñado? ¿El, no es cierto? Lo he sospechado.

No pudo continuar. Entraron en el despacho Gerlando D'Ambrosio y Nocio Tucciarello, los dos padrinos elegidos por Ciro. D'Ambrosio era alto, rubio, cargado de hombros, miope, con la mejilla izquierda desfigurada por una larga cicatriz; el otro era un tipo barbudo, panzudo y desgarbado.

—A tus órdenes, Pepe. Salud, gordo Marcantonio—dijo D'Ambrosio.

—Beso a ustedes las manos—añadió Nocio Tucciarello, torciendo la boca como para esbozar una sonrisa e inclinando la cabeza.

—Siéntense—invitó Pepe, presuroso y mirando ora a uno de los visitantes ora al otro.

—Muchas gracias—expresó Tucciarello, volviendo a hacer la mueca de antes y alzando lentamente una mano en signo negativo—. Nosotros, amigo Pepe, tenemos que decirle unas palabras, con permiso de nuestro querido don Marcantonio.

—¿Debo marcharme?—preguntó angustiado Raví a Alletto. Y volviéndose a los otros dos—: Lo sé todo, señores míos. Precisamente había venido...

—Dos palabras—le interrumpió Tucciarello, poniéndole suavemente una mano en el pecho—. No hay necesidad de sentarse. Querido don Pepe, el asunto está planteado como deseábamos. El individuo cambió de parecer en cuanto nos presentamos. En suma, pocas palabras; una sola y brevísima entrevista con sus padrinos, y todo arreglado: arma, el sable; hasta que los médicos digan que basta. ¿Comprendido? Mañana, a las siete en punto, yo y Gerlando estaremos en la puerta de su casa de usted; el coche, para no infundir sospechas, nos esperará, con el médico, en el extremo del paseo; nos apearemos en Bonamorone. ¿De acuerdo?

—Está bien—contestó Pepe, pálido, con la vista turbada por la emoción interna, y afirmando repetidamente con la cabeza, añadió—: A las siete; está bien.

—¿Pero qué diablos dice usted, don Pepe?—exclamó don Marcantonio—. ¿Le llevan al matadero, y dice usted que está bien? Señores míos, o están ustedes de broma o han perdido el juicio. ¡Poner frente a frente a dos jóvenes a quienes

les bulle la sangre en las venas! Yo soy padre de familia, y no tolero desatinos.

—¡Poco a poco, don Marcantonio!—dijo entonces Nocio Tucciarello con calma, aunque un poco ceñudo, con un lento ademán—. Cuando yo intervingo en una cuestión de honor, nadie, ni Cristo padre, tiene que mezclarse. Si tiene usted que pedirme explicaciones, estoy a su disposición.

—¿Pero qué tiene que ver Cristo con esto?—exclamó Raví—. Yo hablo con buenas intenciones. Ninguna explicación tengo que pedirle; soy un devotísimo servidor, don Nociarello. Aludo a eso..., cómo se llama..., al duelo. Podría evitarse... Piensen en las consecuencias, caballeros. En resumidas cuentas, don Pepe le llamó indecente, y el otro le contestó llamándole polichinela. ¿No es así? Pegó un bastonazo y recibió un trastazo; luego, cuenta con paga, y asunto terminado. ¿Por qué ahora el duelo?

—Pregúnteselo al ilustrísimo abogado Coppa—replicó Tucciarello—. Nosotros hemos prestado un servicio a él y a don Pepe, aquí presente, merecedor de esto y de mucho más. Así, pues, hasta mañana a las siete: servidor...

Y los dos padrinos se marcharon seguidos por don Marcantonio, deseoso de dar a entender humildemente su pensamiento a Tucciarello.